

doras, prosopopéyicas e inútiles como una sentencia judicial. Y por fin las tormentas de lluvia y vientos, furiosas y fugaces, que a él le placía contemplar debajo del sobradillo, como burlándose. Todo eso, transfigurado y fijo o detenido, como un motivo de constante meditación, era lo que él pintaba con el entusiasmo y el orgullo secreto y excitante de quien denuncia o muestra una parte de la intimidad de los dioses. Siempre vivió para eso, para una especie de éxtasis solitario, sin importarle ni someterse a las interferencias ni a los ruidos de la vida de afuera; hasta el momento mismo en que esa vida —la muerte— entró como un torrente súbito, incontenible y oscuro.

Ya no tenía hijo, ni estaba ya en su casa como el lugar firme, soleado y libre. Sólo le quedaban las imágenes, cada vez más difíciles de atrapar, precisamente como en los sueños.

### XIII

Desde que ella regresó todo parecía mejorar insensiblemente, sin que se notase. Continuaba pintando con el mismo ahínco, pero ahora aún más; bajo la luz eléctrica, en medio de aquel salón con las celosías bajas. Los paseos que realizaba fuera de la casa eran también cada día más prolongados y libres.

Hoy ha estado trabajando varias horas sin parar. Son ya nueve las telas, y no las deja vueltas hacia la pared, sino que las expone, contemplándolas una y otra vez, como quien, a punto de irse, mira lo que aún ama.

Ella, desde cerca, observa a veces lo que él pinta. Hablan desde hace tiempo como dos amigos.

—¿Es verdad que se irá usted a fin del curso?

Sí; era verdad. Ha conseguido un puesto en una clínica de rehabilitación para niños, en una ciudad del sur, una pequeña ciudad de casas de ladrillos oscuros y calles anchas. No irá su padre con ella.

—Los viejos siempre se quedan solos —dice él, pero no bien lo dijo le pareció una estupidez—. Y agregó: ¿Sabe? Cuando usted vino me pareció mayor.

—¿Una vieja?

—No. Una mujer mayor.

—Creo que usted nunca me vio.

El agua del café en la cocina al hervir comenzó a sonar y ella corrió a apagar la llama. Cundo regresó, él, señalando al retrato, dijo:

—Era mi hijo.

—Sí; lo sé —dijo ella—. Pero él no la miraba, miraba ahora la tela en la cual había estado trabajando, sobre el caballete.

—¿Qué le parece? —dijo.

—Es hermoso —dijo ella.

—¿Hermoso?

—Sí que lo es.

—He pintado un solo cuadro en mi vida. Este es un pedazo: Pero, ¿le dice a usted algo?

—Una vez, en la ciudad, hace ya mucho tiempo, leí unos poemas escritos por niños ciegos. Hablaban de la luz, de la distancia, de las sombras. Nunca he podido olvidar eso —dijo ella.

#### XIV

Elke, sentada en la popa, mira a lo lejos; la brisa fría mueve apenas un mechón de sus cabellos atrapados en el pañuelo; él, a su lado, la observa en silencio. El vaporeto se desliza balanceándose rítmicamente por las aguas de la bahía, rumbo al embarcadero de la isla. Por momentos cae una llovizna menuda, casi impalpable, que apenas si moja. El débil oleaje se estrella a babor convirtiéndose en espuma fugaz, en tanto la embarcación continúa imperturbable su camino recto hacia el puerto. La travesía no dura más de una hora, pero no es necesario hablar. El cielo, como un manto inmenso y bajo donde revolotean algunos pajarracos, el sordo ruido intermitente de las máquinas, el mar gris, la sirena del vapor sonando para saludar al paso de las demás embarcaciones que cruzan o se alejan, todo ello hace innecesarias las palabras.

La edificación vecina al embarcadero, el pueblo extendido en la suave ladera, se empequeñecía desde alguna distancia; ahora, al llegar, sigue siendo pequeño, formado por casas de apenas dos o tres pisos, con sus puertas y ventanas pintadas de blanco. Los pasajeros no se preparan ni se apresuran para salir.

—Hemos llegado —dice Elke, poniéndose de pie—. Ambos comienzan a andar lentamente por la cubierta.

El aceptó la idea de ir hacia la isla donde Elke vivía, como si la hubiera estado esperando desde hacía mucho.

Un hombre robusto, con sotabarba roja, a la usanza de los viejos marinos, al pie de la escalera, las mangas remangadas de su camisa dejando al descubierto una oscura camiseta, recogía los billetes a los viajeros que descendían. Estaba nublado. En una de las esquinas de la plaza del puerto, debajo de los amplios soportales, una pe-

queña foca, en un fuentón de cinc con agua, daba saltos para atrapar los peces que le arrojaban dos niños. Cruzaron la calle frente al puerto, por donde circulaba un tranvía de color rojo cuyas vías trepaban suavemente la ladera y gran cantidad de ciclistas, los hombres vestidos con ropa oscura, convencional o levemente anticuada.

El, en el bullicio de la calle, miraba los letreros de madera pintada, que apenas podía descifrar, los escaparates atiborrados de cosas, el pavimento mojado y oscuro.

El padre de Elke era un anciano menudo, de grandes bigotes encanecidos y ojos pardos, saltones, que brillaron al verles, como los de un niño entusiasmado. Andaba con la ayuda de una muleta, pero se movía por la casa con sorprendente agilidad. Muy pronto él se dio cuenta que el anciano aprovechaba cualquier motivo como un pretexto para beber, ya que, casi de inmediato estuvo con una botella y un par de copas en las manos. El viejo hablaba en forma casi incomprendible para él, pero bien pronto comprobó que eso no importaba. Elke se había quitado el abrigo y el pañuelo y lo llevó escaleras arriba para enseñarle el cuarto que a la noche debía ser el suyo.

—Es inofensivo —dijo, aludiendo a su padre—. Puede beber solo y no se ofende.

—Daré un paseo; hoy quiero ver y oír a la gente.

—¿De verdad no le importa quedarse solo, hasta que yo regrese?

—No, no me importa.

—No es un cumplido —dijo, divertida—. El no supo qué agregar; sólo cuando estuvo abajo, en la puerta, desde la escalera la llamó:

—Elke, ¿volverá usted pronto?

—Mucho antes de que sea tarde —dijo ella— al cerrar la puerta tras de sí.

En un primer momento tuvo que hacer observando el cuarto de Elke; era pequeño y bajo, de pie casi podía tocar el techo con la punta de los dedos. La cama, adosada a una de las paredes, era tal vez demasiado alta y demasiado estrecha, sin almohada, cubierta totalmente con un edredón de seda con dibujos que evocaban vagamente un mantón de Manila. Había también un ropero y una pequeña estantería con varios libros de medicina y psicología y algunas novelas. Caminó dos pasos hasta el ropero de madera clara, sin pintar, y lo abrió. Entre la escasa ropa colgada de las perchas reconoció el abrigo que ella había usado varias veces en sus visitas a la casa, que así, colgado, parecía más pobre y ajeno. Sintió entonces como si toda su soledad se pusiese nuevamente en evidencia y también una especie de lástima o de piedad por ella, por sí mismo; como si algo le estuviese in-

*dicando el límite oscuro, desdichado y latente a cualquier amague de bienestar.*

*Casi no había nada más en el cuarto, salvo el sillón con delgados cojines donde él estuvo sentado, mirando a través de la ventana la callecita estrecha y los frentes de las casas vecinas, prolijamente pintados de blanco y verde oscuro. En una de ellas una mujer, a quien no podía ver el rostro, bordaba o remendaba a la luz de una lámpara.*

*Al cabo de un rato de estar en aquel cuarto, se dio cuenta de que allí no se sentía un extraño sino al contrario; algo remotamente familiar, el color de las paredes empapeladas con dibujos menudos, la disposición de los muebles, o la tibieza de la calefacción que seguramente producía aquel suave olor a maderamen fregado con agua de lavandina y a hierbas secas, lo detuvo allí largo tiempo.*

*El viejo, con la cabeza abrigada por una gorra de lana, dormitaba sentado a un extremo de la mesa cuando ella regresó y ambos salieron de la casa.*

*No llovía y tampoco acababa de atardecer, aunque las luces en muchas viviendas estaban encendidas. Caminaron lentamente por la angosta callejuela, la misma que él había estado observando desde la ventana, hasta dar con la calle mayor; pasaron otra vez frente al embarcadero y continuaron hacia abajo, donde comenzaba una suave colina con algunas casas rodeadas de jardines arduamente cuidados y vacíos. Sin sentirlo, pronto estuvieron andando por el sendero protegido en uno de sus costados por una valla de troncos, muy por encima del nivel del mar, ahora quieto y oscuro. De pronto él se vio en otro lugar y en otro tiempo, hacía ya muchos años, cuando una tarde semejante caminaba entre los hitos de piedra labrada de las tumbas por un sendero igual, buscando un remoto café. También entonces, como ahora, había el eco de voces, de motores, de sirenas apagadas y lejanas, y en la bahía luces mortecinas de pequeñas embarcaciones fondeadas. Se detuvieron en un recodo donde había un banco de piedra, en silencio, y él dijo:*

*—No quiero estar aquí, Elke.*

*—Lo sé —dijo ella—. ¿Pero no es acaso lo mismo?*

*—Cuando estoy solo me defiendo. Delante de otro me pongo en evidencia.*

*—¿Porqué delante de otro queremos ser de otra manera?*

*El no supo qué contestar; dudó, pero al cabo dijo:*

*—Creo que de no ser así nos odiaríamos, y aun nos mataríamos los unos a los otros.*

*—¿Está usted seguro de eso?*

—No —dijo él— No estoy seguro de nada... Pero, no quiero ser yo quien hable; cada día que pasa siento que me es más difícil hablar, decir cualquier cosa. Hable usted, Elke.

—¿De qué quiere que hable?

—No lo sé; de usted, de este lugar que vemos; de su padre... De lo que usted quiera. ¿Cómo era su padre, antes?

—Lo veía mucho menos; al comienzo de la invasión desapareció; sólo volvió al fin de la guerra, cuatro años después, cuando ya había muerto mi madre. Luego perdió una pierna en el mar, mientras pescaba y desde entonces está en casa. A mi madre casi no la recuerdo. Muy de vez en cuando sueño con alguien que debió ser ella.

Después quedaron otra vez en silencio.

—Comienza a llover —dijo él cuando de regreso atravesaban la plazuela del puerto.

Era ya de noche.

A la mañana siguiente ella estuvo en el embarcadero hasta que el vapor comenzó a moverse; después él vio cómo iba en busca de su bicicleta y se quedó mirando cuando se alejaba calle arriba hasta que desapareció entre los demás.

Era una mañana soleada y sólo había nieve debajo de los árboles, en el camino desde el muelle hasta la casa.

Abrió el buzón y entró con un manojo de cartas. Encendió la luz y el fuego en la chimenea y en seguida, quedándose tan sólo con una de las cartas en la mano, arrojó las otras al fuego. La carta que dejó a salvo era del Doktor y en ella anunciaba ya la fecha probable de su exposición: dos o tres meses más adelante; alguien en su nombre iría a verle para conversar sobre el catálogo.

Quitó el lienzo del caballete y al observar el bosquejo en la tela sintió de pronto algo raro; lo que había comenzado a hacer tan sólo dos días atrás ahora le parecía más bien remoto y ajeno. Pero empezó de nuevo con deliberada voluntad de concluirlo, con obstinación, como si fuera un desafío, como nunca antes lo había hecho, hasta quedar al cabo exhausto y vacío. Pero también insatisfecho. No sintió ahora aquella recóndita señal, aquella certeza íntima que nacía en él al concluir una obra, como antes. Sólo supo que había terminado de pintar un cuadro que iría a parar entre los demás. Era muy tarde ya o amanecía quizá, cuando subió hasta su cuarto y allí, tendido sobre la cama, trató de gritar sin lograrlo.

A la mañana siguiente un rayo de sol lo despertó. Había estado soñando algo que no recordaba ahora sino vagamente; pero ella estuvo también en aquel sueño, estaba seguro de que era ella. Y un árbol, Elke y un árbol; alto, sereno y copioso que había visto crecer hasta

que ella desapareció. De pronto, ya despierto, sintió el golpe seco de una puerta. Se incorporó de un salto y corrió escaleras abajo; pero era sólo la puerta, batida por el viento, que seguramente habría dejado entreabierta la vispera, al llegar. También sintió hambre. Fue hasta la cocina y apenas halló restos de pan. Entonces colocó una gran tela, pero sobre el suelo, no en el caballete y comenzó a pintar, de rodillas o en cuclillas, cambiando de postura cada vez que sentía sus piernas adormecidas. El sol otra vez se puso, pero él siguió pintando durante toda la noche, hasta que sintió que había terminado, o que ya no podría hacerlo. Y sólo entonces se quedó dormido.

Estaba amaneciendo cuando despertó. Pero no despertó de golpe sino poco a poco, como les sucede a los convalecientes. Vio primero los travesaños de madera contra el techo y el rincón del cuarto con el lavatorio de pie, y una mancha apenas insinuada cuando había luz y más evidente ahora, en la semipenumbra, junto al ventanal; y los altos paramentos de madera de su cama.

El fuego se había apagado hacía mucho, pero no estaba frío. Y una intensa luz tamizada se colaba por las celosías. Entonces fue hasta una de las ventanas y por primera vez la abrió de par en par. De pronto no pudo creer lo que vio. Corrió hacia la tela pintada que aún, fresca, yacía en el suelo, y otra vez a la ventana, para asomarse. Y allí estaba el árbol, el mismo que esa noche había pintado en el centro de la tela; tan distinto, no un árbol como aquellos, los de toda su vida, de troncos torturados, caprichosos, de turbulenta copa al viento; sino un árbol que se elevaba balbuciente, como si rezara, o, mejor, como si cantara. Un árbol nuevo y semejante a algún otro árbol perdido de su infancia; que sin embargo estuvo allí, junto a la casa, no lejos de los otros que se agrupaban hacia los fondos en el bosquecillo junto al reguero de agua, y de los demás que flanqueaban el camino hacia los acantilados, pero que él nunca hasta entonces había visto. El silbo estridente de un pájaro probó que todo era cierto.

Buscó su reloj para ver la hora, sin recordar que hacía mucho se había detenido. De cualquier modo, por la posición del sol, tibio y joven, supo que aún era temprano. Se ajustó el cordón de los botines, se echó un abrigo encima y corrió campo a través hacia el bosque y allí, en el agua fría del arroyo, por primera vez, como hacía mucho tiempo, se mojó la cara y la cabeza. Después regresó a la casa, abrió las restantes ventanas y, antes de salir rumbo al embarcadero, encendió un buen fuego en la chimenea.

Aún no había nadie en el embarcadero, sólo un empleado que leía un diario. Una brisa, un suave vientecillo movía apenas el banderín en la cima de una boya, y dos gaviotas volaban, tratando de no alcan-

*zarse, sobre el mar de un color inocente. Pero él, contemplando todo eso, ya no pensaba en otra cosa. Allí, en la casa, abierta y asoleada, estaba el cuadro que acababa de nacer. Y sobre el muro blanco, el retrato, que ahora también volvía a recordar. Es verdad, pensó—en ese momento las gaviotas se dejaban caer a pique sobre el mar— el arte es una meditación sobre la muerte. «El arte», dijo, casi en voz alta; nunca había podido pronunciar esa palabra sin sentir cierto pudor. Él pintó siempre pensando en alguien, o en sí mismo, pero en relación con otros, precisamente para huir del «amor al arte».*

*El empleado abandonó la lectura y tirando de una soga dio dos o tres campanazos. En el muelle ya había algunas personas, somnolientas y cordiales, y el sol se remontaba apenas sobre el mar.*

*Escuchó el ruido del motor que se acercaba cortando las aguas mansas de la bahía, y en ese momento comprendió que la suma de los años de nada vale; y que hay algo mejor que la justicia. Y también comprendió por qué recién ahora había descubierto la forma de estos árboles.*

**HECTOR TIZON**

Verónica, 8, 4.º  
MADRID